

17



KULA. Antropólogos del Atlántico Sur.

Revista de Antropología y Ciencias Sociales.

Buenos Aires, Argentina. Número 17. Diciembre de 2017.

Dirección

Cecilia Varela

Coordinación

Maximiliano Albornoz Torres

Comité editorial invitado

Cecilia Varela (CONICET-ICA-FFyL-UBA)

Jessica Gutierrez (CONICET/IEEG-FFyL-UBA)

Felipe González (ICA-FFyL-UBA)

Maximiliano Albornoz Torres (ICA-FFyL-UBA)

Corrección de Estilo

Valentina Stutzin

Diseño editorial

Maximiliano Albornoz Torres

Fotografía de tapa

Elías Sarquis

Comité editorial

Ana Carolina Arias (FCNyM-UNLP)

Belén Bertoni (FFyL-UBA)

Camila Pérez (CONICET/ICA-FFyL-UBA)

Carolina Pecker Madeo (FFyL-UBA)

Daniela Bustos Pellerano (FFyL-UBA)

Diana Mello (FFyL-UBA)

Emmanuel Pérez (FHyAr-UNR)

Florencia Adorno (UNRN)

Gimena Palermo (CEAMCRI-UNLP)

Laura Palermo (CONICET/FCNyM-UNLP)

Mariana Videla Manzo (FFyL-UBA)

Martín Di Paolo (FFyL-UBA)

Maximiliano Albornoz Torres (ICA-FFyL-UBA)

Mayra Valcárcel (CONICET/IEEG-FFyL-UBA)

Paula Shabel (CONICET/FFyL-UBA)

Pía Leavy (CONICET/ICA-FFyL-UBA)

Samanta Guiñazú (IIDYPCA-UNRN)

Sandra Tolosa (ICA-FFyL-UBA)

Santiago Sorroche (CONICET/SEANSO/ICA-FFyL-UBA)

Sergio Carrizo (UNT)

Stella Zagatto Paterniani (DAN-UnB)

Tomás Kierszenowicz (FFyL-UBA)

ALCANCE Y POLÍTICA EDITORIAL

Kula. Antropólogos del Atlántico Sur. Revista de Antropología y Ciencias Sociales publica artículos originales, conferencias, entrevistas, traducciones, comentarios de libros y debates; realizados por investigadores jóvenes del ámbito de las Ciencias Sociales en general y de la Antropología Social en particular. Los trabajos que se presenten al proceso evaluatorio deben cumplir los siguientes requisitos: a) ser inéditos, no podrán estar simultáneamente en proceso de evaluación en otra publicación, y deben haber sido elaborados durante el año del envío; b) contribuir al área de la Antropología Social, mostrando claramente el modo en que los problemas y los datos aportan a líneas de debates actuales de la disciplina; c) presentar resultados originales derivados de investigaciones finalizadas o avanzadas; d) contener un desarrollo metodológico claro y un análisis consistente de los datos, y e) incluir una discusión conceptual y una bibliografía relevante y actualizada en su temática.

El Comité Editorial verificará que los artículos presentados se ajusten a los objetivos y lineamientos editoriales de la publicación, a la propuesta del número en cuestión y a las normas editoriales vigentes. En una segunda instancia, el trabajo se enviará a referato externo. No se considerarán para la evaluación los artículos entregados fuera de término ni aquellos que no contemplen las pautas establecidas por la revista.

Todos los trabajos publicados en *Kula* han sido evaluados por profesionales reconocidos del ámbito de la Antropología y las Ciencias Sociales. Participaron como evaluadores de este número: *Dra. Carolina Justo von Lurzer* (CONICET/IIGG-UBA); *Mgter. Beatriz Eugenia Luna de Aliaga* (UNISABANA); *Dra. Renata Hiller* (CONICET/UNP); *Dr. Santiago Morcillo* (CONICET/IIGG-UBA); *Dr. José Miguel Nieto Olivar* (FSP/USP); *Dra. Laura Lowenkron* (IMS/UFRJ); *Ph.D. Susanne Hoffman* (IMIS/Universität Osnabrück) y la *Dra. Laura Aguirre* (IEL/Freie Universität Berlin)



Kula. Antropólogos del Atlántico Sur. Revista de antropología y ciencias sociales.

Número 17 - Primera edición - Diciembre de 2017

Zapiola 2232 7° "20" (C1428CXH) - Ciudad Autónoma de Buenos Aires - (54 11) 4543 - 0440

revistakula@gmail.com - <http://www.revistakula.com.ar>

ESTUDIAR COMERCIO SEXUAL EN CONTEXTOS PETROLEROS. UN EJERCICIO DE REFLEXIVIDAD ETNOGRÁFICA

MELISA CABRAPAN DUARTE¹

RESUMEN

En este trabajo propongo presentar una serie de experiencias de trabajo de campo en espacios donde se desenvuelve el comercio sexual en ciudades petroleras, con la finalidad de reflexionar sobre las dimensiones metodológicas y epistemológicas en este área de estudios. En primer lugar, haré énfasis en los sentidos y representaciones que se crean en torno a la investigación en contextos petroleros de la Patagonia Argentina ante la presunta existencia de trata de personas con fines de explotación sexual y cómo esto interpela y afecta mi presencia en el campo. Por su parte, recuperando un registro realizado en Ciudad del Carmen, México, referiré a la dimensión genérica y sexuada de la investigadora, y a los modos en que mi condición de "mujer" estructuró las formas de ingreso al campo y definió las interacciones con los/as interlocutores/as.

Palabras Clave: Comercio Sexual - Contextos Petroleros - Reflexividad Etnográfica - Representaciones - Género.

ABSTRACT

In this paper I present a series of field work experiences from research on commercial sex in oil industry cities, with the purpose of reflecting about the methodological and epistemological dimensions in this area of studies. Firstly, I examine the meanings and representations of oil extraction contexts in Argentine Patagonia, in the face of the alleged existence of sex trafficking in oil exploitation sites, emphasising the interpellation of danger and how this affected my presence in the field. Secondly, using one of my field work records from Ciudad del Carmen, México, I refer to the gendered and sexed dimensions of the researcher, and to the ways in which my status as a "woman" structured the forms of access to this field and defined the interactions with my interlocutors.

Keywords: Sex Trade - Oil Industry Contexts - Ethnographic Reflexivity - Representation - Gender

[1] Lic. en antropología sociocultural (UNRN). Doctoranda en Antropología Social (FFyL-UBA). Perteneciente al Instituto de Investigaciones en Diversidad Cultural y Procesos de Cambio (CONICET/UNRN) Correo electrónico: melisa_cd@hotmail.com.ar

INTRODUCCIÓN

Mi problema de investigación consiste en estudiar las economías sexuales que se configuran en torno al comercio sexual en contextos petroleros, atendiendo a las experiencias y sentidos que producen prácticas de relacionamiento genéricas, sexuales y afectivas específicas. En ese marco y en esta ocasión, me propongo hacer una reflexión de tipo metodológica y epistemológica a partir de presentar y analizar algunos registros de trabajo de campo en espacios donde se desenvuelve el comercio sexual en dos ciudades petroleras: Rincón de los Sauces, en Norpatagonia Argentina, y Ciudad del Carmen, en el Golfo de México²

Para esto, haré énfasis en dos cuestiones. Primero, en los sentidos y representaciones que se crean en torno a la investigación en contextos petroleros ante la presunta existencia de trata de personas con fines de explotación sexual, y las formas y significados que asume mi propia presencia y experiencia en esos espacios y los efectos que tiene en la relación con lxs interlocutorxs. En segundo lugar, pero en directa vinculación con el primer eje de análisis, referiré a la dimensión genérica y sexuada de la investigadora, y a los modos en que mi condición de “mujer” estructuró las formas de ingreso al campo y definió las interacciones con los y las interlocutores/as en espacios de comercio sexual. De esta manera, el objetivo transversal de este artículo es reflexionar acerca de los imaginarios, roles y condiciones/condicionamientos a partir de los cuales es interpelada la investigadora en el quehacer etnográfico en campos de comercio sexual en ciudades petroleras y cómo eso condiciona, configura e informa el proceso de investigación.

PATAGONIA PETROLERA: ¿HACIA LA RUTA DE LA TRATA?

El comercio sexual en zonas petroleras de la Patagonia es representado e imaginado como un espacio que promueve la trata de personas con fines de explotación sexual. A pesar de que existan en él una diversidad de experiencias o de grados de consentimiento por parte de quienes desenvuelven distintas prácticas sexoeconómicas, el discurso social, mediático y de distintos organismos gubernamentales tiende a señalar que las localidades patagónicas que basan su economía en la industria hidrocarburífera, al tiempo que constituyen “la ruta del petróleo, organizan “la ruta de la trata”, o uno de sus recorridos en el país. Por ejemplo, un informe del Observatorio Petrolero Sur (2010) remarca que “—de la industria hidrocarburífera, [la] concentración de hombres lejanos a sus hogares y [los] altos sueldos, resultan una combinación tentadora para las redes de trata de mujeres y niñas para la explotación sexual”, mientras que la actual Procuraduría de Trata y Protección de Personas dice que si bien “en medios tampoco se registran numerosas víctimas explotadas en las provincias del sur [es] prácticamente imposible pensar que esto no sea una realidad en la zona” (UFASE-INECIP, 2012: 37). En este sentido, presentan a estos espacios —regionales y extractivistas— como propicios para el negocio de la trata, a pesar de que en términos estadísticos las provincias patagónicas no expresen altas recurrencias de casos de explotación sexual, o en comparación con el resto del país, según sus propios informes (PRO-TEX, 2015). Al mismo tiempo, y en el marco de la implementación de legislaciones antitrata en sus niveles nacionales, provinciales y municipales desde el año 2008, algunos casos han adquirido repercusión mediática y, de algún modo, producido o reforzado sentidos sobre la prostitución en el sur, como sucedió con “Las Casitas”³ de Rio Gallegos, “el barrio prostibulario más grande del país” según la ONG “La Alameda”. Así como el activismo de Aliká Kinan, quien se define como sobreviviente de una red de trata de personas en Ushuaia, Tierra del Fuego, también dio mayor visibilización al comercio sexual en

[2] El primer caso de estudio es el elegido para desarrollar mi investigación doctoral, mientras que el segundo responde a una investigación de tipo exploratoria que realicé en el marco de una estancia académica en el Centro de Investigaciones y Estudios de Género de la UNAM (agosto 2015/febrero 2016).

[3] Los allanamientos que se efectuaron en el 2009 en este barrio, promovidos por la denuncia de trata de personas que realizó La Alameda, llevaron a la clausura judicial de la zona. Sin embargo, en el año 2012 se avaló su reapertura, lo que trajo repercusiones, debates y resistencias sobre el hecho, hasta la actualidad. Recientemente, un grupo de trabajadoras sexuales de Las Casitas, salieron a reclamar su espacio laboral y el cese de persecución y control sobre su ejercicio autónomo y voluntario del sexo comercial: <http://www.eldiariodelfindelmundo.com/noticias/2016/06/10/66893-las-prostitutas-de-rio-gallegos-salen-a-protestar-a-las-calles>

la Patagonia tiñéndolo de un carácter coercitivo y de explotación y alentando imaginarios totalizadores de trata de personas sobre estos lugares. Con esto quiero señalar que el contexto en el cual me inserté para desarrollar mi investigación doctoral, es percibido como dentro de ese universo donde el comercio sexual es representado como peligroso a partir de la sospecha de que en él hay mujeres privadas de su libertad y ejerciendo la prostitución en contra de su voluntad, a pesar de que no se tenga la certeza de la generalidad de esta situación.

Para situar mi campo de investigación podemos decir que Rincón de los Sauces es una localidad de alrededor de 40 mil habitantes, ubicada al norte de la provincia de Neuquén, que se fundó en 1971 en torno al campamento de Yacimientos Petrolíferos Fiscales (YPF). Fue declarada la "Capital Nacional de la Energía" (al igual que Comodoro Rivadavia) al tratarse de uno de los centros petroleros de mayor productividad, tanto en la región neuquina como en el país. Rincón de los Sauces es conocido en la comarca petrolera como la "ciudad de los cabarets" no sólo por la alta presencia de locales comerciales con oferta sexual sino porque el origen mismo de la localidad petrolera estuvo acompañado por la instalación de bares diurnos y nocturnos y por la llegada de "mujeres de la noche". Los primeros bares se instalaron alrededor del campamento de YPF, en el barrio "La costa" y entre los años 80 y 90 se fueron desplazando a una de las avenidas principales del centro, la calle "Salta". Sin embargo, con el paso del tiempo, la espacialización del comercio sexual se fue modificando, y Rincón de Los Sauces fue "civilizándose" y dejando de ser el "lejano oeste" como señalan distintos discursos, a partir de que los petroleros empezaron a llevar a sus familias a vivir a Rincón, o a formarlas en la localidad. Al parecer, esto modificó y disminuyó las prácticas y consumos sexuales habilitados en épocas anteriores y hasta hubo intentos de delimitar una zona roja alejada, que no se consiguió. Finalmente o, en apariencia, Rincón dejó de ser la "ciudad de los cabarets" cuando los efectos de las legislaciones contra la trata, los allanamientos y los consecuentes cierres de locales con comercio sexual llegaron en el año 2014. Esto generó una reducción en la cantidad de locales con oferta sexual, el surgimiento de espacios clandestinos y promovió la búsqueda de formas alternativas para los intercambios sexoeconómicos en lugares no exclusivos del comercio sexual, como boliches o pools de la ciudad.

Previamente a tener estas informaciones, propuse un estudio de caso en una localidad y zona que desconocía, con características socioeconómicas estructuradas en torno a la industria del petróleo, que también ignoraba, y donde existen algunos "mitos" –y no tanto– de la predominante presencia de hombres, de una masculinidad exacerbada y de la peligrosidad de la noche en su vínculo con delitos diversos. Estas cuestiones llevaron a mi padre a decirme que iba a "terminar en una zanja" cuando obtuve la beca doctoral, y me obligaron a tomar precauciones o por lo menos a cuidarme. Así, el "miedo" y la "sospecha" me acompañaron en mi llegada e ingreso al campo, inclusive, reconociendo y cuestionando estos imaginarios por mi experiencia de investigación previa en el tema y sabiendo, por ejemplo, sobre la elección de estos destinos por parte de trabajadoras sexuales dominicanas y colombianas de Bariloche (Cabrapan Duarte, 2015). Sin embargo, no conseguí desapegarme de esas sensaciones ni de los efectos emocionales de las representaciones y presupuestos existentes sobre los espacios petroleros y el comercio sexual desenvuelto en ellos.

Como sostiene Ahmed (2015 [2004]), las emociones no son propiedades de los cuerpos ya sean individuales o colectivos, sino que es en su circulación que producen efectos y moldean cuerpos como forma de acción. En este sentido, una de las emociones que analiza la autora, el miedo, funciona a través y sobre los cuerpos de quienes se ven transformados en sus sujetos, así como en sus objetos y, al mismo tiempo, construye fronteras entre el yo y el otro y también entre los objetos/sujetos temidos. Para Ahmed, el miedo es una experiencia corporizada, el efecto mismo de la superficie del cuerpo y, de este modo, opera alineando el espacio corporal con el espacio social a partir de las narrativas sobre qué y quién es temible. Y en lo que respecta a los cuerpos de las mujeres, existe una política espacial y de la movilidad que no sólo le asigna al hogar y a los límites de lo privado un carácter de seguridad, sino que, basado en la producción y reproducción de una idea de vulnerabilidad femenina, obliga a adoptar formas de cuidado y precaución:

Los sentimientos de vulnerabilidad y miedo moldean los cuerpos de las mujeres, así como la manera en que esos cuerpos ocupan el espacio. La vulnerabilidad no es una característica inherente a los cuerpos de las mujeres; más bien es un efecto que funciona para

asegurar la feminidad como una delimitación del movimiento en público y una sobrehabitación de lo privado (Ahmed 2015 [2004]:117)

De esta manera, en tanto sujeta social también me vi afectada por esa economía política y espacial del miedo, sospechando, estando atenta, cuidándome y organizando mis movimientos y acercamientos a los lugares y personas a partir de mis propios –y no tan propios– parámetros del temor o de lo temible y respecto de una serie de tópicos o universos imaginados y articulados socialmente sobre ese espacio: Patagonia, prostitución, petróleo, dinero, complicidad, hombres, trata de personas, peligro, aislamiento, violencia, soledad, explotación laboral, lejanía, precariedad, clandestinidad, putas, mujeres migrantes, tráfico, consumos...

“YO SOSPECHO, TU SOSPECHAS...”

En Rincón de los Sauces, Neuquén, la gira empezó en el bar de la calle Rio Negro. Yo ya había notado que a partir de la medianoche las chicas dominicanas empezaban a pasar por la vereda del hotel donde me alojé, para ir a trabajar, como me había contado la recepcionista. A partir de esa hora, era cuestión de esperarlas, y verlas maquilladas y vestidas con ropas llamativas que contrastaban con el gris de Rincón, caminando a paso lento, marcado y sensual, y siempre en grupo de 3 a 5 chicas. Llegamos con Naty⁴ alrededor de la 1 y media de la madrugada. Cuando entramos, saludamos a todas, y nos acercamos a la barra a comprar una cerveza. Era un espacio de tamaño mediano y con un techo bajo, sonaba la cumbia desde la rocola que encendía sus luces al ritmo de la música. El lugar estaba iluminado con luces de colores, y una bola de boliche en el centro que proyectaba figuras de corazones, círculos y caritas felices en las paredes. En el medio del salón, había dos mesas de pool.

El ambiente estaba tranquilo, poco concurrido. Eran 3 o 4 hombres los que estaban sentados en la barra, y alguno de ellos conversaba con las chicas. En uno de los costados del salón otro cliente se abrazaba con una de las mujeres. Luego de unos minutos, ingresó un grupo de 3 hombres. Tenían buen aspecto. Estaban bien vestidos. Inmediatamente, las chicas fueron a ellos, los atendieron, sin hacerlos esperar. Una de las chicas, paraguaya, se puso a jugar al pool con uno de ellos, mientras tomaban un trago y se rozaban de tanto en tanto. Y, al mismo tiempo, otra de las chicas, una dominicana que usaba un vestido rojo muy ajustado conversaba y se reía con otro del grupo.

Las chicas del salón nos miraban. A Naty la conocían. Pero yo era una extraña. Me hicieron sentir que estábamos invadiendo su lugar –porque, de algún modo, eso estábamos haciendo. Pero Naty me decía que lo que les importaba a ellas era que no les sacaran los clientes. Entonces, después de que nos vieron que nos sentamos en una esquina a charlar y a tomar algo, sin interactuar con los hombres, se relajaron y dejaron de observarnos –o de observarme.

El ambiente de esta whiskería era mucho más tranquilo y hasta cálido de lo que me imaginaba antes de entrar, y por cómo se veía por fuera. De día, era una casa que pasaba desapercibida, y de noche, una esquina que activaba su movimiento cuando las luces de colores se encendían. Que no se notara qué había adentro, ya que sus puertas y ventanas estaban cubiertas con cortinas oscuras, y al tener el inmueble un aspecto precario, tuve dudas a la hora de intentar entrar sola. Sin embargo, resultó ser un ambiente donde las chicas se mueven y desenvuelven muy cómo-

[4] Cuando me hablaron de Natacha (que es su nombre verdadero y me autorizó a usarlo), me dijeron que era dominicana y que podía darme información sobre lo que yo buscaba (conocer las trayectorias de mujeres dominicanas y su inserción en el comercio sexual en zonas petroleras). Pero cuando la conocí me dijo que era brasilera, de Pernambuco, lo que me hizo cuestionar mi recorte en un grupo con determinado origen nacional, en tanto es la “negritud” y la condición racializada la marca que se muestra como relevante a la hora de organizar y significar sus experiencias en destino. Naty migró a la Argentina y se instaló en Rincón de los Sauces hace 30 años. Hoy en día realiza trabajo doméstico, es la creadora y directora de la “Comparsa Mercosur”, que cumple 10 años y donde participan un centenar de chicas, y también realiza tareas en colaboración con la Pastoral de Migraciones de ayuda a migrantes que arriban a la localidad, por lo que es una persona muy conocida en Rincón.

das, o esto es lo que se percibe. Todas son mayores de edad e interactúan con los hombres entre charlas y risas. Después de un rato, mi prejuicio sobre la peligrosidad de estos lugares en Rincón empezó a bajar.

Conseguí entrar y ver cómo era gracias a Naty, y también me sentí segura por estar con ella. Me hubiera resultado muy difícil o hasta imposible ingresar sola. O si lo hubiera logrado, mi presencia hubiese sido dudosa y seguramente más hostil la reacción de las chicas hacia mí. Porque inclusive estar con una conocida no evitó que yo molestara. Unos días después de haber visitado este bar, pasamos por la casa de una de las chicas dominicana que trabaja ahí y nos contó, riéndose, que cuando entramos al lugar todas preguntaron quién era yo, que por qué estaba ahí. Y que la respuesta de la mujer que atendía la barra, y con la que habíamos conversado esa noche, fue que no importaba, que yo estaba con Naty. Esto pareció dejarlas tranquilas, ya que al estar con ella, era poco probable que yo fuera policía, o mujer de la noche que les significara una competencia, o una chica sola, que también les significara una competencia. Estar con Naty me dio una especie de impunidad y, al mismo tiempo de invisibilidad o de cierta aceptación para estar ahí.

(Junio de 2016, Rincón de los Sauces, Neuquén)

Traigo al escrito este registro de campo no con una finalidad anecdótica, sino de reflexividad etnográfica, que nos permite asumir que en la pretensión logocéntrica de "conocer a Otros necesitamos también ser antropólogas de nuestros encuentros y de nuestros campos" (Guber, 2014: 32). Esto implica "reflexionar, objetivar o concebir el propio lugar en el campo y la incidencia de las condiciones socioculturales del/a investigador/a en el texto final, dando cuenta más acabada y problemáticamente de un proceso de conocimiento" (Guber, 2014:18) y reconociendo que nuestras relaciones en el terreno son también relaciones sociales. La reflexividad nos invita a atender que las condiciones de pertenencia del/a investigador/a –sexogenéricas, de edad, clase, étnicas y raciales, entre otras–, además del posicionamiento teórico frente al tema que se estudia, intervienen en la configuración del trabajo de campo, en las relaciones que se establecen con los sujetos con los que se investiga y en la construcción epistemológica del conocimiento.

Por su parte, cabe decir que la definición e interpretación de la "situación" en el trabajo de campo, no sólo es delimitada por el etnógrafo, sino también por los otros, al preguntarse qué hacemos allí y atribuirnos determinados roles a partir de las categorías sociales disponibles (Rockwell, 1987). Como sostiene Guber (2004), los roles que se le asignan al investigador inicialmente y ante el primer encuentro suelen ser negativos, pero inclusive y pese a las incomodidades e inconvenientes que esto pueda generar para ambas partes, son roles socialmente relevantes y significativos que informan sobre el universo que se estudia. De este modo, los roles que me asignaron las chicas, o que sospecharon, respondieron a una serie de posibilidades que les produjeron rechazo u hostilidad respecto de mi presencia en el bar porque todas las opciones fueron de algún modo negativas. Quedaba descartada la opción de que yo fuera una cliente, porque son espacios heteronormativos donde la asistencia y el consumo son masculinos y, si bien yo estaba con una persona conocida por ellas, que también es migrante, hay otros lugares nocturnos en la localidad más habituales para compartir una cerveza con una amiga, lo cual continuaba sosteniendo la sospecha de estar ahí. O tener intenciones de conocer el negocio para insertarme en él también era otra posibilidad que les podía generar rechazo por la competencia laboral. Y otra sospecha podía otorgarme el rol de algún agente de control, dado el contexto de prohibición y de clandestinidad producto de las legislaciones contra la trata de personas, duda que pareció quedar saldada cuando la mujer dominicana que atendía la barra del local se acercó a nosotras para saludar a Naty y conversar con ambas, preguntando cómo estábamos pero, sobre todo, indagando qué hacíamos ahí.

Así, mi presencia en esa situación fue definida e interpretada a partir de la cotidianeidad social representada por "un conjunto de prácticas, relaciones y significaciones diversas y heterogéneas que construyen sujetos particulares al interior de una realidad concreta" (Achilli, 2005:22). Es decir, no sólo se trata de los lugares disponibles para entender mi "estar allí" sino de un repertorio de posibilidades organizadas y percibidas en torno a formas de relacionamiento sexoeconómico que, según el contexto, asumen distintos grados de control/persecución y donde la sospecha funciona como una forma

de cuidado para lxs involucradxs en el comercio sexual, incluida yo. Podría decirse que sospechar es casi una condición inherente a cualquier campo de estudio y la base desde la cual se parte para interactuar con los diferentes actores que con el paso del tiempo van comprendiendo –o no– nuestra labor o nuestras intenciones en establecer esas relaciones con ellxs. Sin embargo, en entornos de comercio sexual esa desconfianza respecto del otro se fundamenta en las representaciones e imaginarios colectivos que producen los pánicos sexuales y morales respecto de la prostitución (Weeks 1981, Rubin 1989, Juliano 2007) y también la gubernamentalidad articulada en los regímenes de combate a la trata de personas con fines de explotación sexual⁵ (Piscitelli 2012, Varela 2015, Kempadoo 2016).

Más allá de problematizar si el pánico moral/sexual da lugar a las dinámicas y sentidos que asumen y crean estos regímenes (Weitzer y Ditmore 2010), es suficiente decir que ambos dotan de una peligrosidad generalizada al mercado del sexo y producen efectos sobre los cuerpos, organizando una economía política particular del miedo. Inclusive las chicas, sin ser ajenas a esos efectos, también me volvieron sospechosa y peligrosa dentro de sus propios marcos de interpretación y, finalmente, todas nosotras, informadas por representaciones y sentidos comunes y de acuerdo a experiencias y distintas estrategias, nos cuidamos a través del recurso de la sospecha. Yo sospecho y tú sospechas...configuraron mis formas de relacionamiento y de inserción en el campo y me hablaron menos de mis sensaciones personales que de las emociones que producen, organizan y delimitan ese espacio.

LA DIMENSIÓN SEXOGENÉRICA DE LA INVESTIGACIÓN: ¿SEDUCIENDO (NOS)?

En este apartado, y retomando los aspectos señalados anteriormente, quiero hacer hincapié en nuestro lugar como etnógrafas/os desde la posición sexo-género, e indagar qué implicancias tiene ésta en el trabajo de campo de investigaciones sobre comercio sexual y en la configuración de las relaciones que tendemos en él, en particular con los clientes.

A la par del surgimiento del manifiesto posmoderno norteamericano del Writing Culture (Clifford 1988, Marcus y Cushman 1992) y también de las discusiones sobre la política de la representación (Asad 1979, Trouillot 1995) que permitieron descentrar el foco en la escritura atendiendo a las condiciones y relaciones de la producción del conocimiento, las antropólogas feministas hicieron lo suyo. Señalaron la ausencia en estas teorías de una reflexión sobre el género y sus aportes se dirigieron a repensar la representación, la reflexividad, la política y la alteridad en torno al mismo. De esta manera, la crítica feminista en la antropología social permitió no solamente discutir cómo la disciplina representaba a las mujeres en las investigaciones, sino también repensar el rol de las etnógrafas en ese proceso de estudio y de representación de/con las otras (Moore, 1991). Así, el estudio del género como una dimensión estructurante de las sociedades humanas y del sistema político y económico, antes relegado por la antropología clásica, comenzó a considerarse un tema relevante a ser atendido también en términos metodológicos.

En un contexto de revisión de la producción etnográfica, Callaway le cuestionó a los antropólogos posmodernos la suposición de que el género, las relaciones y los significados sociales que produce sólo se manifiestan en el trabajo de campo, omitiendo su presencia en el texto por el mandato de pretensión de objetividad: "(...) las mujeres y los hombres desarrollan sus trabajos personalmente, en encuentros cara a cara a través del diálogo. [Sin embargo] más tarde, en casa, estos múltiples niveles del discurso personal se transforman en palabras impresas impersonales y distantes (traducción propia; Callaway 1992: 29). Con esto, la autora remarcó desde la reflexión feminista la importancia de reconocer en la práctica antropológica las implicancias del género como dimensión estructurante de las relaciones intersubjetivas en el campo y sus efectos en la teoría. Así, en términos metodológicos, distintas teóricas insistieron en que la etnógrafa debía colocarse en el mismo plano crítico que el objeto de estudio, lo

[5] Se utilizará también "régimen anti-trata" (del inglés antitrafficking), para referir tanto al marco normativo para combatir la trata de personas, como a las expresiones político-ideológicas del feminismo abolicionista que utiliza la retórica de los derechos humanos. Estos regímenes con sus distintas modalidades según el contexto, intervienen en la regulación del comercio sexual, y afectan los intercambios sexoeconómicos consentidos y a los grupos de trabajadorxs sexuales que demandan reconocimiento y derechos laborales (Bernstein 2010).

que implicaba recuperar el proceso completo de la investigación: "(...) la investigadora o el investigador se nos presentan no como la voz invisible y anónima de la autoridad, sino como la de un individuo real, histórico, con deseos e intereses particulares y específicos" (Harding, 1987:7).

De esta manera, y considerando estos elementos, citaré a continuación un registro de campo realizado en Ciudad del Carmen, una isla que se encuentra en el estado de Campeche, al suroeste de la península de Yucatán, en el Golfo de México. La elección de este destino para realizar una investigación exploratoria (Cabrapan Duarte, en prensa) fue significativa por varios motivos: las plataformas marinas ubicadas en su jurisdicción son las mayores productoras de petróleo a nivel nacional; una serie de noticias periodísticas señalaban que la prostitución era un tema problemático en la isla, por su dimensión y por "ser una de las rutas de la trata de México"; y porque a partir de distintas fuentes, pude identificar la presencia de mujeres migrantes negras que participan en el comercio sexual de Carmen, otro de mis temas de interés. Respecto de cómo se organiza el comercio sexual en la isla, se aprecia la convivencia de medidas de tipo reglamentarista (como los controles sanitarios a las trabajadoras sexuales, que trabajan en locales y en la calle), y la delimitación de zonas rojas, con un marco legislativo nacional abolicionista. Los espacios en los que me centré fueron los table dance, ya que su elevada cantidad caracteriza el comercio sexual local y en tanto son los petroleros quienes más los frecuentan. Los table dance suelen estar habilitados como "restaurante" o "bar", pero cuentan con instalaciones para distintos servicios sexuales, además del table en el salón principal y compartido, donde las chicas bailan y realizan sus performances. Son lugares considerados "VIP" por sus instalaciones y por el "nivel" de las teiboleras, según los clientes, al responder a un estereotipo de belleza socialmente valorado y exigido, lo que los hace más costosos.

"EL BAILE DE LA TEIBOLERA"

Cuando estaba ingresando a otro de los table dance que visité en Carmen, los guardias me negaron el ingreso y uno de ellos me dijo que hacía algún tiempo ya no dejaban entrar a mujeres solas. Le pregunté por qué y me contestó que tiempo atrás había ido una mujer, que resultó ser la esposa de uno de los clientes y que había armado "un desmadre". Y que por eso ya no permitían que las mujeres entraran sin compañía. Entonces, le comenté que "mis amigos" –un grupo de petroleros con los que había arreglado ir– estaban arriba. Me dijo que bajaran a buscarme y Juan⁶ se acercó a la puerta de entrada. Mostré mi identificación tal como me pidieron y finalmente ingresé.

En un momento de la noche, llegó a la mesa que compartíamos con Juan y sus compañeros de trabajo, Araceli, la teibolera veracruzana que antes había estado bailando en el table. Los chicos bromeaban e insistían con que me bailara, para que yo supiera o conociera lo que era, ya que eso era lo que estaba investigando –o lo que ellos interpretaron que estaba investigando. Mi reacción y respuesta a su propuesta fue: ¡no!, que ni yo, ni mi estudio necesitaban que Araceli me bailara. En determinado momento de la noche, entre plática, plática y risas, la teibolera se levantó. Yo entendí que era porque se iba con uno de ellos a realizarle un baile privado o algún otro servicio. Y él, Nicolás, me dijo: "no, te va a bailar a ti". Fue todo tan rápido, que no pude evitarlo, ni resistirme, ni poner mala cara, en cuestión de segundos la tenía encima de mí y simplemente tuve que hacerme cargo de la situación. En su performance, se sentó sobre mí, hizo algunos movimientos como si yo la penetrara, me agarró las manos, las puso en sus pechos, y sobre sus pezones. También tuve que agarrarle la cola. Era todo tan grande; tenía un cuerpo muy firme y musculoso. Los chicos, mientras se reían, me gritaban: ¡¡"tócala, tócala!!". Y también los tantos hombres que

[6] A Juan lo conocí un domingo al mediodía mientras observaba el movimiento en la plaza principal de Carmen. Escuché que un hombre le preguntó si continuaba el paro de petroleros, por lo que intuí que se trataba de un trabajador de la industria con el que podía conversar. En su caso, esos días estaba "esperando subir" a la plataforma y gestionándolo a través de distintas vías (sindicato, contactos personales), pero no lo conseguía. Y por este motivo tampoco había regresado a su casa y con su familia a Poza Rica, en el norte del Estado de Veracruz. Los nombres personales que utilizo en el registro, tanto de los clientes como de las teiboleras son ficticios.

estaban en el lugar atendieron a la escena. Yo no podía parar de reírme, tanto por la incomodidad que me generaba, como por la gracia y diversión de una situación que nunca antes había experimentado y menos imaginado que sucedería en un contexto de trabajo de campo. Pero no me quedó opción de aceptarlo ya que, además, fue un regalo de \$800 MXN que Nicolás pagó para mí y que, al final de cuentas, eran para Araceli. Fueron los 5 minutos más inesperados y extraños de mi vida. Una vez terminado el baile, los petroleros me dijeron que se veía lindo cómo la teibolera me bailaba. Que nos veíamos bien juntas. ¿Eso los excitaba, los calentaba, era “rico”? ¿Fue un “regalo” para mí o, más bien, un regalo para ellos?

(Octubre de 2015, Ciudad del Carmen, México)

La noche que compartí una salida al table dance con un grupo de petroleros de Carmen, yo misma generé este espacio que luego registré, en tanto los incentivé a que me acompañaran, lo que nos permite preguntarnos, entre otras cosas, cuánto creamos nosotras mismas las situaciones de campo. Aunque, no sólo me hicieron un “favor” a mí, en tanto ellos suelen frecuentar estos lugares justificando que ahí se divierten, se relajan y la pasan bien. Pero, el baile que la teibolera me hizo no estaba en mis planes, no lo produje yo misma. Sin embargo, atendiendo a la dimensión sexuada de la investigación –y de la investigadora– hoy repienso esta situación.

La antropología, desde sus inicios, ha estudiado cuestiones de sexualidad de y entre los nativos. Sin embargo, ha convertido en tabú la propia condición sexual del etnógrafo y la dimensión sexuada y erótica de relacionamiento con los otros, imponiendo implícitamente la prohibición de establecer vínculos sexo-afectivos en el campo en tanto el involucramiento con los sujetos de estudio afecta la investigación en términos de objetividad científica y de búsqueda de neutralidad. De esta manera, las experiencias, deseos sexuales o acercamientos más íntimos con los interlocutores, en caso de haber sido registrados, tuvieron que ser conservados en los diarios de los antropólogos. En este marco, Kullick (1995) insistió en la necesidad de atender a estas situaciones que surgen en el trabajo de campo producto de la condición sexuada del/a investigador/a ya que informa no sólo metodológicamente cómo accedemos al terreno, sino epistemológicamente, en el modo en el que producimos conocimiento sobre espacios y relaciones específicas.

Respecto de la situación del baile, cabe decir que éste me volvió “cliente” de manera más explícita –porque yo ya estaba participando en el lugar como una consumidora– a pesar de haber sido fomentado y pagado por los petroleros y no ideado directamente por mí. Con sus “buenas intenciones” con mi estudio y su interés en que conociera lo que –ellos mismos– interpretaron que yo quería saber, crearon una situación que les produjo diversión, placer y excitación, de la que me hicieron partícipe. Esta escena involucró mi persona y mi cuerpo femenino en un protagonismo compartido con la bailarina, y fui manifiestamente sexualizada por mis interlocutores. Que me dijeran que había sido “rico” ver cómo una mujer me bailaba, hizo sentido en tanto reprodujo significados sobre la fantasía (hetero)sexual de ver a dos mujeres juntas en un acto sexual, disfrutando de manera voyeurista la escena. Pero más allá de lo que les pudo haber generado a ellos el baile de la teibolera, esta situación tensionó los límites de mi rol como etnógrafa y el mandato del celibato en tanto me obligó a experimentar un servicio sexual desde mi propia corporalidad.

Simular o asumir en mayor o menor medida haber sido cliente esa noche me llevó a hacerme responsable de esa transacción sexoeconómica, que no sólo la involucró a ella y a mí, sino también al grupo de clientes. La performance de Araceli nos sexualizó mutuamente, al tiempo que los otros nos sexualizaron y me volvieron partícipe activa en la satisfacción de sus deseos, sin poder negarme o resistirme a ese juego que me propusieron, para sostener la simpatía con ellos o porque también ese contexto habilitó esa interacción y yo la acepté. Como dice Rostagnol, “el trabajo de campo permite vivir varias vidas bajo la misma piel, sin dejar de ser la misma persona” (2011: 7), actuando en escenarios diversos que exceden nuestra cotidianeidad y teniendo en ellos distintos grados de protagonismo y también de decisión sobre esos papeles que tanto los sujetos como los entornos nos invitan a desenvolver.

Desde el punto de vista de la ética de la investigación podría cuestionarse/me no haberme negado al baile erótico al no mantener la distancia con los sujetos de estudio o inclusive, desde ciertas lecturas feministas, por haber colaborado con prácticas que sexualizan/objetualizan el cuerpo de la mujer y, en tanto esto, reproducen ciertas desigualdades y violencias (Mackinnon 1989, Pateman 1995). Esta preocupación me hizo dudar de escribir en mi diario lo sucedido, y más todavía de hacerlo público en el ambiente académico. Sin embargo, más allá de las valoraciones de cualquier carácter que se puedan hacer sobre esta escena, la misma puede entenderse de modo situacional, es decir, atendiendo al contexto en el que tuvo lugar y a las relaciones y prácticas disponibles que habilitaron que así ocurriera, viéndome inmiscuida en esa trama y también haciéndome cargo de ella y del/os rol/es que me asignaron.

Forma parte de una reflexión epistemológica cuánto necesitamos involucrarnos para conocer y, más aún, en terrenos o con problemáticas concebidas socialmente como negativas o cuán partícipes nos volvemos en la colaboración y reproducción con/de las "malas prácticas" de los otros (Rodgers 2004, Bourgois 2010). En este marco, atender a la dimensión generizada y sexuada de la investigación nos informa que las relaciones con los interlocutores en el campo se definirán de modos específicos según las características del campo y en la medida de que entendamos e incorporemos los modos e intereses de la interacción y las formas más o menos habilitadas para estructurar esas relaciones. Como señalan algunos trabajos, en el campo de estudios del comercio sexual (Nencel 2001 y 2005, Sanders 2006, Morcillo 2010) es significativamente diferencial ser hombre o mujer investigador/a, pero considero que no por las desventajas que implica en términos de acceso sino, al contrario, por las potenciales relaciones a las que da lugar, susceptibles de ser analizadas para comprender las relaciones de género y sexualidad.

Es decir, haciendo especial hincapié en mi vinculación con los clientes y al estar mi caso de estudio estructurado en torno a prácticas sexoafectivas y económicas que habilitan formas de interacción a través de la seducción, el ligue o el levante, puedo decir que estos fueron mecanismos que se volvieron disponibles para mí. Entre las múltiples condiciones de pertenencia a las que adscribimos, "ser mujer" me ofreció ventajas a la hora de acercarme a los petroleros y/o clientes o para que ellos se acercaran a mí de un modo amable y con intenciones sexuales, más o menos explícitas, confundiéndome en algunos casos con una trabajadora o reconociendo que yo no era una de ellas. Pero de un modo u otro, la interacción a través de miradas o conversaciones espontáneas con los clientes me permitió experimentar en carne propia las dinámicas y sentidos que se ponen en juego en el comercio sexual, a pesar de que esos vínculos no fueran de carácter estrictamente comercial o de que no estuvieran estructurados por una transacción económica.

Sin embargo, en esas relaciones que establecí efectivamente hubo pretensiones e intercambios de las dos partes, por ejemplo de conocimiento y de compañía, lo que no significa que esos vínculos hayan sido para mí meramente utilitarios para acceder a ciertas informaciones. Debo reconocer que fue muy difícil que en ese nivel de intimidad no me involucrara afectivamente con los clientes petroleros, y que no los convirtiera en mis amigos o en personas especiales. De este modo, no creo que sea posible sostener en el campo una constante concepción racionalizada de la intersubjetividad, o que puedan evitarse formas de relacionamiento desatentas o espontáneas con los otros, así como involucramientos sentimentales. Como sostiene Markovitz en el ejercicio de reflexividad que realiza, "si los antropólogos admitiesen (...) en sus escritos que su sexualidad es problemática y negociable en interacciones con los interlocutores de sus trabajos de campo, sus representaciones etnográficas serían más equilibradas, más ricas y más auténticas, aunque quizás menos objetivas" (2003: 53). Y en ese sentido, reconocer y vivenciar los efectos y configuraciones de la performatividad del género y de la sexualidad en nosotras mismas puede ser conflictivo y, a la vez, iluminador para entendernos en esas relaciones que se salen de nuestro control.

Nunca imaginé, previamente al trabajo de campo, tener algún tipo de empatía con clientes del comercio sexual. Orientada inicialmente por un sentido común respecto de ellos, mi acercamiento estuvo algo informado y modelado por la percepción que los construye como negativos, malos y perversos, a pesar de que las lecturas y representaciones sobre los consumidores y sus prácticas, con aproximaciones más o menos etnográficas, varíen (Leonini 2004, Nencel 2008, Bernstein 2008, Kulick 2015, Weitzer 2012). La figura del "cliente" es controversial en sí misma; pero haberme vinculado con ellos

y en el ejercicio por intentar “familiarizar” su otredad desde mi propia reflexividad (Da Matta 2004), pude acercarme y entender los marcos contextuales y de significado a partir de los cuales organizan sus prácticas y sus consumos sexoafectivos y, al tiempo mismo tiempo, cómo se relacionaron conmigo.

A MODO DE CIERRE

Lejos de subestimar las emociones que genera el trabajo de campo y los vínculos con los distintos actores, pero evitando caer en un narcisismo autorreferencial, considero sumamente necesario indagar y reconocer el modo en que éstas influyen en el proceso de investigación, y cómo esto se articula con la reflexión respecto de la posición sexogenérica de la investigadora. Investigar en el terreno del comercio sexual en ciudades petroleras siendo mujer –y no hombre– implica interpelaciones distintas, así como formas de acceso al campo y de relacionamiento específicas. Por un lado, se trata de contextos representados como peligrosos a partir de una serie de imaginarios que, en la actualidad y con los regímenes antitrata, vienen a ser reforzados. Esto vuelve aún más “riesgosa” y “sospechosa” mi presencia en ellos y también tiene efectos en mis cuidados, movimientos y acercamientos a las personas. Y por otro, de espacios del comercio sexual donde los consumos destinados a satisfacer “necesidades” sexuales, afectivas y/o de sociabilidad, son los que estructuran y definen los sentidos de género y de sexualidad que se proyectan y operan en cualquier interacción intersubjetiva.

En este ejercicio o intento de reflexividad, mi objetivo fue referir a esas dimensiones de análisis que atraviesan mi investigación, pero haciéndolo a través de mi propia experiencia y subjetividad y dándole sentido a mi(s) rol(es) y a las emociones producidas y manifestadas en el terreno. Haber atendido a cómo fui “afectada” por las representaciones que existen en torno a este campo y por la dimensión sexuada de la investigación me permitió –y me permite– reconocermi como una persona más dentro de esa trama de relaciones que menos que basarse en manuales metodológicos y teorías, funciona a través de lógicas que la exceden y le “devuelven” la humanidad.

BIBLIOGRAFÍA

- ACHILLI, Elena. 2005. *Investigar en Antropología social*. Rosario: Laborde.
- AHMED, Sara. 2015 [2004]. *La política cultural de las emociones*. México: PUEG-UNAM.
- ASAD, Talal. 1979. *Anthropology and the Colonial Encounter*. New York: Humanities Press.
- BERNSTEIN, Elizabeth. 2008. "O significado da compra: desejo, demanda e o comércio do sexo". *Cadernos Pagu* N°31. Pp.315-362.
- BERNSTEIN, Elizabeth. 2010. "Militarized Humanitarianism Meets Carceral Feminism: The Politics of Sex, Rights, and Freedom in Contemporary Antitrafficking Campaigns". *Signs: Journal of Women in Culture and Society* vol. 36, N° 1.
- BOURGOIS, Philippe I. 2010 [2003]. *En busca de respeto: vendiendo crack en Harlem*. Argentina: Siglo Veintiuno Editores.
- CABRAPAN DUARTE, Melisa .s/a. "La isla de la fantasía: indagando los vínculos entre el mercado sexual y la industria petrolera en Ciudad del Carmen". En Marta Lamas (coord.) *Investigaciones, experiencias y reflexiones sobre el trabajo sexual y la trata en México*. Ciudad de México: CIEG (en prensa)
- CABRAPAN DUARTE, Melisa. 2015. "Mujeres centroamericanas en Bariloche: recorridos laborales, trayectorias migratorias y maternidad". En Inés Barelli y Patricia Dreidemie (coords.) *Migraciones en Patagonia. Subjetividades, diversidad y territorialización*. UNRN.
- CALLAWAY, Helen. 1992. "Ethnography and experience: gender implications in fieldwork and texts" en Okely y Callaway (Eds.) *Anthropology and autobiography*. New York: Routledge's collection. Pp. 29-48.
- CLIFFORD, James. 1992. "Sobre la autoridad etnográfica", en Carlos Reynoso (comp.) *El surgimiento de la Antropología Posmoderna*. España: Gedisa editorial. Pp.141- 170.
- DA MATTA, Roberto. 2004. "El oficio de etnólogo o cómo tener Anthropological Blues". En M. Boivin, A. Rosato, y V. Arribas (comps.) *Constructores de otredad. Una introducción a la antropología social y cultural*. Buenos Aires: Antropofagia. Pp. 172-178.
- GUBER, Rosana. 2004. *El salvaje metropolitano: reconstrucción del conocimiento social en el trabajo de campo*. Buenos Aires: Paidós.
- GUBER, Rosana .2014. *Introducción. Prácticas etnográficas. Ejercicios de reflexividad de antropólogos de campo*. Buenos Aires: IDES-Miño y Davila. Pp. 13-40.
- HARDING, Sandra. 1987. "¿Existe un método feminista?" en Harding (Ed.) *Feminism and Methodology*. Bloomington/Indianapolis: Indiana University Press. Pp. 9-34.
- JULIANO, Dolores. 2007. "El pánico moral". En *Estudios de derecho judicial*, Consejo Federal del Poder Judicial, España. N° 131. Pp. 41-54.
- KEMPADOO, Kamala. 2016. "Revitalizando o imperialismo: campanhas contemporâneas contra o tráfico sexual e escravidão moderna". Em *Cadernos Pagu* (47), Campinas, Núcleo de Estudos de Gênero-Pagu/Unicamp.
- KULICK, Don. 1995. "Introduction The sexual life of anthropologists: erotic subjectivity and ethnographic work" en Kulick and Willson (Eds.) *Taboo: Sex, identity and erotic subjectivity in anthropological fieldwork*. London and New York: Routledge; pp. 1-21.
- KULICK, Don. 2012. "Paying for sexual services", Kulick Don and Jens Rydström (eds.) *Loneliness and its opposite : sex, disability, and the ethics of engagement* . EEUU: Duke University Press. Pp.174-216.
- LEONINI, Luisa. 2004. "Os clientes das prostitutas. Algumas reflexões a respeito de uma pesquisa sobre a prostituição em Milão". En M. Schnup (Org.), *Masculinidades*. San Pablo: Boitempo. Pp. 79-107.
- MACKINNON, Catherine A. 1995 [1989]. "Sexualidad". En *Hacia una teoría feminista del Estado*. Madrid: Ediciones Cátedra. Pp. 221-277.

- MARKOWITZ, Fran. 2003. "Sexualizando al antropólogo: implicaciones para la etnografía." En Nieto, José Antonio (Ed.), *Antropología de la sexualidad y diversidad cultural*. Madrid: Talasa Ediciones.
- MARCUS, George K. y CUSHMAN Dick. 1992. "Las etnografías como textos" en Carlos Reynoso (Comp.) *El surgimiento de la Antropología Posmoderna*. España: Gedisa editorial. Pp.171-213.
- MOORE, Henrietta L. 1991. *Antropología y feminismo*. España: Ediciones Cátedra, Universitat de València.
- MORCILLO, Santiago. 2010. "¿Ir de putas? Reflexiones en torno a las dimensiones sexuadas de la investigación". En Kula. *Antropólogos del Atlántico Sur*. Revista de antropología y ciencias sociales. N° 3. Pp. 7-14.
- NENCEL, Lorraine. 2001. "Writing Up the Rhythm of Fieldwork: An Introduction to Part II" *Ethnography and prostitution in Peru*. London: Pluto Press. Pp. 73-93.
- NENCEL, Lorraine. 2005. "Feeling Gender Speak : Intersubjectivity and fieldwork practice with women who prostitute in Lima, Peru". *European Journal of Women's Studies* N° 12. Pp. 345-361.
- NENCEL, Lorraine. 2008. "Pacharacas, Putas, Chicas de su casa: etiquetando feminidad y sexualidad masculina en Lima". En Melhuus M. y Stolen K.A. (comps.) *Machos, putas, santas. El poder imaginario de género en América Latina*. Buenos Aires: Antropofagia. Pp. 65-88.
- OBSERVATORIO PETROLERO SUR (2010). Informe: El negocio de la trata en la ruta del petróleo. Disponible en <http://opsur.wordpress.com/2010/04/21/el-negocio-de-la-trata-en-la-ruta-del-petroleo/>
- PATEMAN, Carol. 1995. *El contrato sexual*. Madrid: Anthropos.
- PISCITELLI, Adriana. 2012. "The Emotional Strength of the Language of Human Rights: international trafficking of humans involving Brazilians". Paper prepared for the American Anthropological Association Meeting- 2012.
- PROTEX (2015). Resumen ejecutivo. Informe Anual de la Procuraduría de Trata y Explotación de Personas.
- ROCKWELL, Elsie. 1987. "Reflexiones sobre el proceso etnográfico (1982-1985)" Mimeo.
- RODGERS, Dennis. 2004. "Haciendo del peligro una vocación: la antropología, la violencia, y los dilemas de la observación participante". En *Revista Española de Investigación Criminológica*, 2(1). Pp. 1-24.
- RUBIN, Gayle .1989: "Reflexionando sobre el sexo: notas para una teoría radical de la sexualidad" en Vance, Carole S. (Comp.) *Placer y peligro. Explorando la sexualidad femenina*. Madrid: Ed. Revolución, Madrid. Pp. 113-190.
- TROULLIOT, Michel- Rolph. 1995. *Silencing the Past: Power and the Production of history*. Beacon Press.
- ROSTAGNOL, Susana. 2011. "Trabajo de campo en entornos diversos. Reflexiones sobre las estrategias de conocimiento". En *Gazeta de Antropología* 27 (1), 15.
- SANDERS, Teela. 2006. "Sexing Up the Subject: Methodological Nuances in Researching the Female Sex Industry" En *Sexualities* N° 9 (4): 449-468.
- UFASE-INECIP. 2012. Informe. "La trata sexual en argentina aproximaciones para un análisis de la dinámica del delito".
- VARELA, Cecilia. 2015. "La campaña antitrata en la Argentina y la agenda supranacional". En Daich, Deborah y Mariana Sirimarco (coords.) *Género y violencia en el mercado del sexo: política, policía y prostitución*. Buenos Aires: Biblos. Pp. 109-149.
- WEEKS Jeffrey. 1981. *Sex, Politics and Society: The Regulation of Sexuality Since 1800*. New York: Longman.

WEITZER Ronald y DITMORE Melissa. 2010. "Sex Trafficking: Facts and Fictions" En Weitzer, Ronald (Ed.) Legalizing prostitution: from illicit vice to lawful business. New York and London: New York University Press. Pp. 325-352.

WEITZER, Ronald. 2012. Legalizing prostitution: from illicit vice to lawful business. New York and London: New York University Press.